

LA EXPLICACIÓN TEÓRICA DE LAS MIGRACIONES: LUZ Y SOMBRA

Joaquín Arango

INTRODUCCIÓN

En nuestros días, las migraciones transfronterizas se han situado en el centro de la atención pública de numerosas sociedades, constituyendo un asunto de alta prioridad para gobiernos y organismos internacionales. Las noticias e informaciones relativas a las migraciones gozan de una presencia constante en los medios de comunicación. Las políticas públicas que intentan, generalmente con fortuna limitada, gestionar los flujos migratorios y sus consecuencias e implicaciones nunca han sido tan abundantes. Aunque las migraciones actuales no sean las mayores de la historia —las de hace un siglo fueron superiores en volumen, en términos relativos— en ningún tiempo pasado han alcanzado significación y relevancia comparables.

El extraordinario interés que despiertan tiene un claro correlato en el ámbito académico y científico en general. Una plétora interminable de investigaciones arroja una luz constantemente renovada sobre múltiples facetas del fenómeno. El número de publicaciones a ellas dedicada, en prácticamente todas las disciplinas de las ciencias sociales, desborda la capacidad de seguimiento de los estudiosos. No es de extrañar que el conocimiento de las migraciones internacionales haya progresado considerablemente. De este progreso ha participado también el pensamiento o la reflexión teórica, pero sólo en una medida limitada. Ha aumentado el número de teorías a disposición de los investigadores, pero es dudoso que el arsenal teórico existente esté a la altura de las exigencias de una realidad tan multifacética como dinámica.

Las páginas que siguen pasan revista a las principales teorías sobre las migraciones y tratan de analizarlas críticamente. En la primera de esas dos vertientes, la descriptiva, este artículo es parcialmente tributario de un esfuerzo colectivo llevado a cabo hace algunos años (Massey, Arango, Hugo, Kouaouci, Pellegrino y Taylor, 1993, 1994, 1998), aunque la síntesis aquí presentada es exclusiva responsabilidad del autor. Dicha revisión comienza con la explicación neoclásica de las migraciones. En las décadas de los años sesenta y setenta su hegemonía, aunque no indiscutida, fue indiscutible. A partir de entonces experimentaríamos dificultades crecientes para dar cuenta de una realidad rápidamente cambiante. En el último cuarto del siglo XX, el escenario del pensamiento teórico sobre las migraciones se ha enriquecido con un puñado de teorías que tratan de explicar la nueva fisonomía de las migraciones internacionales, y de responder a la cada vez mayor trascendencia social y política que reviste el fenómeno migratorio. Algunas de ellas son nuevas, otras son versiones renovadas o aplicaciones de teorías preexistentes y otras más no pasan de la categoría de marcos conceptuales.

El grueso del artículo trata de añadir una evaluación crítica al aludido esfuerzo colectivo. Así, la exposición sintética de las principales teorías vigentes en nuestros días va acompañada de un análisis crítico de las mismas. Tras ello, llama la atención sobre áreas y facetas merecedoras de una mayor atención teórica, para concluir con la exposición de algunas razones que pueden ayudar a comprender las carencias y deficiencias que limitan el valor y la utilidad del arsenal teórico existente acerca de las migraciones.

EL REINADO NEOCLÁSICO

INEVITABLEMENTE, cualquier revisión del repertorio de explicaciones teóricas disponibles acerca de las migraciones debe comenzar por la neoclásica. Y ello por dos razones: porque sin duda es la más influyente de las producidas hasta la fecha, la que más adeptos tiene, además de ser la más antigua de las existentes. De hecho, puede decirse que es la primera teoría merecedora de tal nombre. Ello no implica restar un ápice de importancia a algunos precursores de significación auténticamente histórica, tales como *Las Leyes de las Migraciones* (1885–1889) de Ernest–George Ravenstein o el seminal *The Polish Peasant in*

Europe and America (1918–1920) de William Thomas y Florian Znaniecki. El primer trabajo sentó un precedente en la reflexión científica sobre las migraciones y el segundo es, quizá, el libro de mayor riqueza y envergadura jamás escrito en la materia hasta la fecha. Pero ninguno de los dos constituyó una verdadera teoría. Como tampoco lo fueron el esfuerzo de Everett Lee por completar las *Leyes* de Ravenstein, pese a su título —*A Theory of Migration* (Lee, 1965)— o el famoso e influyente modelo *push-pull*, un simple, aunque útil, marco conceptual. El resto de las contribuciones anteriores a 1960 presentan hoy un interés exclusivamente histórico, cuando no arqueológico, a excepción de un cierto número de aportaciones al vocabulario de las migraciones. De hecho, la construcción de teorías acerca de las migraciones es un asunto reciente, de la segunda mitad del siglo XX y especialmente de su último tercio.

Vista sobre el telón de fondo de la breve historia del pensamiento teórico acerca de las migraciones, el surgimiento de la explicación neoclásica supuso una verdadera divisoria de aguas. Por supuesto, no se trata de una teoría *ad hoc*, pensada inicialmente para el fenómeno migratorio, sino una aplicación a este terreno del paradigma neoclásico, basado en principios tan conocidos como la elección racional, la maximización de la utilidad, los rendimientos netos esperados, la movilidad de factores y las diferencias salariales. Un paradigma tan versátil, que ha sido aplicado a tantas dimensiones del comportamiento humano y cuya influencia sigue fluyendo de la economía a las demás ciencias sociales, no podía dejar de extenderse a las migraciones, a las que parece adecuarse de manera natural.

Simple, elegante y cercana al sentido común, la explicación neoclásica de las migraciones tiene la ventaja de combinar la perspectiva micro de la adopción de decisiones por parte de los individuos con la perspectiva macro de los determinantes estructurales. En el plano macro, la neoclásica es una teoría de la redistribución espacial de los factores de producción en respuesta a diferentes precios relativos (Ranis y Fei, 1961; Todaro, 1976). Las migraciones resultan de la desigual distribución espacial del capital y del trabajo. En algunos países o regiones el factor trabajo es escaso en relación con el capital y, por consiguiente, su precio —el nivel de los salarios— es elevado, mientras que en otros países o regiones ocurre lo contrario. En consecuencia, los trabajadores tienden a ir de países o regiones donde la mano de obra es abundante y los

salarios bajos, a países donde la mano de obra es escasa y los salarios elevados, contribuyendo así a la redistribución de los factores de producción y, a largo plazo, a la equiparación de los salarios entre los distintos países, corrigiendo las desigualdades originales. Cabe decir, en conclusión, que para el pensamiento neoclásico, la raíz de las migraciones ha de buscarse en las disparidades entre los niveles salariales de los distintos países, que a su vez reflejan diferencias en niveles de ingresos y de bienestar. Las migraciones traerán consigo la eliminación de las diferencias salariales y ello, a su vez, implicará el fin de aquéllas.

La explicación de las razones por las cuales los individuos responden a las diferencias estructurales entre países o regiones, emprendiendo la migración (Todaro, 1969, 1976) constituyen, por su parte, el núcleo de la versión micro de la teoría neoclásica. Las migraciones son el resultado de decisiones individuales, tomadas por actores racionales que buscan aumentar su bienestar al trasladarse a lugares donde, la recompensa por su trabajo, es mayor que la que obtienen en su país, en una medida suficientemente alta como para compensar los costes tangibles e intangibles que se derivan del desplazamiento. Se trata, por lo tanto, de un acto individual, espontáneo y voluntario, basado en la comparación entre la situación actual del actor y la ganancia neta esperada que se deriva del desplazamiento, resultado de un cálculo coste-beneficio. Se infiere de ello que los migrantes, una vez estudiadas todas las alternativas disponibles, tenderán a dirigirse a aquellos lugares donde esperen obtener un rendimiento neto mayor. En la medida en que supone incurrir en ciertos costes con el fin de obtener mayores rendimientos del propio trabajo, la migración constituye una forma de inversión en capital humano (Sjaastad, 1962).

No es de extrañar que esta explicación fuera la dominante en los años sesenta y los primeros de los setenta del siglo pasado. Las teorías acostumbran a reflejar tanto los estilos de pensamiento dominantes en su tiempo como las características y contornos que reviste en su momento la realidad o el fenómeno que se pretende explicar. En el caso de la explicación neoclásica de las migraciones, ésta constituía la traslación más fidedigna de los modelos de equilibrio dominantes en ese periodo —el predicado neoclásico en economía pero también sus correlatos, el paradigma funcionalista en sociología y la teoría de la modernización— y, por otro lado, casaba bien con las características de las migraciones en ese tiempo. En efecto, en el curso del tercer cuarto del siglo XX, un crecimiento económico generalmente rápido y sostenido, la

internacionalización cada vez mayor de la actividad económica, aunado a la descolonización y los procesos de desarrollo económicos emergentes en el Tercer Mundo, trajeron consigo una intensificación de las migraciones, tanto internas como internacionales. Las ideas sobre las migraciones de aquella época tendieron a reflejar no sólo la atmósfera general del momento, sino también las características que presentaban las corrientes migratorias. No es sorprendente que las principales contribuciones, que entonces se hicieron a la teorización sobre las migraciones, provinieran de la economía. La primacía general de las motivaciones económicas en la migración era algo que había sido reconocido decenios antes por Ravenstein, quien escribió:

[...] las leyes malas u opresivas, los impuestos elevados, un clima poco atractivo, un entorno social desagradable e incluso la coacción (comercio de esclavos, deportación) han producido y siguen produciendo corrientes migratorias, pero ninguna de estas corrientes se puede comparar en volumen con las que surgen del deseo inherente de la mayoría de los hombres de prosperar en el aspecto material (Ravenstein, 1885–1889: 286).

Tal primacía fue especialmente destacada en el tercer cuarto del siglo XX, una vez concluido el intenso periodo de reasentamiento masivo de las poblaciones desplazadas durante la Segunda Guerra Mundial y la adecuación a las nuevas fronteras trazadas tras ésta.

Referente al tercer cuarto del siglo XX, hay otro influyente modelo que merece mención: el famoso esquema teórico del «Desarrollo económico con oferta ilimitada de trabajo», propuesto por el economista jamaicano, galardonado más tarde con el premio Nobel de Economía, W. Arthur Lewis (Lewis, 1954). De él dijo el recientemente fallecido Charles Kindleberger que era el modelo que mejor explicaba las grandes migraciones intraeuropeas de ese periodo, basadas en la fórmula *guestworker* (Kindleberger, 1968). En realidad, Lewis concibió su modelo para la explicación del desarrollo en el contexto de «economías duales» y, en él, la migración desempeña un papel fundamental. Las economías duales son economías en desarrollo, por lo general en contextos poscoloniales, en las que un sector moderno, conectado con el mundo exterior, coexiste con un sector tradicional que depende de la agricultura de subsistencia para sobrevivir. Cuando el sector moderno se expande, atrae mano de obra del

sector tradicional, donde su productividad marginal es cero. Lewis estimaba que existía un «farallón» de un 30 % entre los salarios de los dos sectores y que, esa diferencia, sería motivo suficiente para que los trabajadores se desplazaran de uno a otro. Disponer de una oferta ilimitada de mano de obra, le permite al sector avanzado expandirse sin que aumenten los salarios, asegurándose así una alta tasa de beneficios. Para el sector tradicional, la emigración es la única forma de desprenderse del excedente de mano de obra y avanzar en la función de producción hacia relaciones capital-producto más altas. Constituye, por ello, la condición previa para embarcarse en un proceso de desarrollo que ponga fin al atraso económico. Por lo tanto, en el modelo de Lewis, las migraciones son un mecanismo de desarrollo crucial para la economía en su conjunto, que permite explotar el potencial de crecimiento inherente a las disparidades económicas. Ambos sectores, tradicional y moderno, área de origen y área de destino, se benefician grandemente de las migraciones.

Aunque Arthur Lewis fue clasificado en su tiempo como uno de los más destacados exponentes de lo que entonces se denominaba «economía del desarrollo», su famoso modelo contiene, en esencia, los elementos principales de los modelos de equilibrio que dominarían en los dos decenios siguientes las ciencias sociales y, dentro de ellas, las teorías sobre las migraciones. Sin embargo, no se trataba fundamentalmente de una contribución a la teoría de las migraciones, sino de un modelo de desarrollo económico.

En el tercer cuarto del siglo XX, el predominio del predicado neoclásico y sus correlatos fue cuestionado, con éxito relativo, por una escuela de pensamiento, situada en el extremo opuesto del espectro ideológico, que veía los procesos sociales en términos de conflicto y no de equilibrio. En las décadas de los sesentas y setentas, esta inspiración histórico-estructural de acusadas resonancias marxistas se plasmó en la teoría de la dependencia, que postulaba que la evolución del capitalismo había dado lugar a un orden internacional, compuesto por un núcleo de países industrializados y una periferia de países agrícolas vinculados por relaciones desequilibradas y asimétricas. Los avances de los primeros dependían de la explotación de los segundos, cuya condición de subordinación obstaculizaba su propio desarrollo. El subdesarrollo era considerado, por lo tanto, como un subproducto del desarrollo. La teoría de la dependencia tuvo relativamente poco que decir con relación a las migraciones y ese poco se refería más a la variedad rural-urbana (Singer, 1973) que a la

internacional. Las migraciones internacionales contribuían a perpetuar y reforzar las desigualdades entre países, sobre todo a través de la «fuga de cerebros».

Sin embargo, el relativo declive de la explicación neoclásica de las migraciones, en el transcurso del último cuarto del siglo XX, no se debió a su puesta en tela de juicio por la teoría de la dependencia, sino más bien a la creciente inadecuación de algunos de sus postulados con el conjunto de cambios profundos en la naturaleza y en las características de las migraciones internacionales, operados desde mediados de la década de los setentas. Estos cambios han incrementado grandemente la heterogeneidad y complejidad del fenómeno y han dado lugar a una realidad migratoria que no casa muy bien con el mundo neoclásico.

EL DESAFÍO DE UNA REALIDAD CAMBIANTE

La pérdida de preeminencia de la explicación neoclásica de las migraciones no deriva, principalmente, de sus insuficiencias como teoría sino, más bien, de sus dificultades para dar cuenta de una realidad cambiante. El primer hecho que contradice la explicación neoclásica es el número relativamente reducido de los migrantes internacionales, habida cuenta de las enormes diferencias de ingresos, salarios y niveles de bienestar que existen entre los distintos países. Éste es, a todas luces, el talón de Aquiles de la teoría neoclásica, pues si las corrientes migratorias entre países ricos y pobres se atuvieran a las prescripciones de la teoría, el número de migrantes transfronterizos debería ser mucho más elevado que el que se registra en la realidad. Ocurre, sin embargo, que las disparidades económicas son, sin duda, condición necesaria para la mayor parte de los flujos migratorios, pero en ningún modo condición suficiente para que éstos se produzcan. En realidad, hoy en día las disparidades salariales, por sí mismas, no explican gran cosa.

El segundo problema de la teoría, relacionado con el anterior, es su incapacidad para explicar la migración diferencial. La teoría no consigue explicar por qué algunos países tienen tasas de emigración altas y otros, estructuralmente similares, no las tienen. Lo mismo podría decirse, *mutatis mutandis*, de las muy diversas tasas de inmigración en los países receptores.

De ello se puede inferir que el corolario, deducción razonable de la teoría neoclásica —que el volumen de migración entre regiones de origen y regiones receptoras ha de guardar una cierta proporción con la magnitud de los desequilibrios económicos que los separan—, tampoco se sostiene.

Las deficiencias de la explicación neoclásica de las migraciones, hasta ahora enunciadas, pueden achacarse, al menos en parte, a su carácter unidimensional, más concretamente a la exclusión de la dimensión política en una época en la que su importancia ha ido en aumento. Al ser, en esencia, una teoría de la movilidad de los factores de producción de acuerdo con los precios relativos, la teoría neoclásica se muestra cada vez más incapaz de adaptarse a un mundo erizado de barreras que dificultan, seriamente, el movimiento de la mano de obra. Ciertamente, el sistema internacional contemporáneo —en el que la libre circulación de trabajadores es la excepción y su restricción la norma— corresponde mal con la imagen de un entorno idealizado en el que las personas se mueven libre y espontáneamente, guiados por la búsqueda de sus intereses y la maximización de su utilidad. La generalización de las políticas restrictivas para el ingreso de inmigrantes reducen la movilidad y disuaden a los migrantes potenciales en una proporción imposible de determinar, pero seguramente muy alta. En teoría, este factor —al menos en los casos en los que exista la posibilidad de superar las restricciones de entrada— podría incluirse en el cálculo de costes y beneficios que hace el migrante potencial, considerándolo como un coste adicional a la vez como una agravación de la incertidumbre de la inversión que la migración entraña. En la práctica, sin embargo, su influencia es tan poderosa que priva a la teoría de buena parte de su utilidad. De hecho, casi todo puede traducirse a costes y beneficios. A casi cualquier factor se le puede asignar un valor en términos monetarios, pero el precio de ese esfuerzo puede resultar, en la práctica, intrascendencia, rayana en la tautología, de concluir que las personas emigran para mejorar su suerte. En la práctica, la superación de los obstáculos, que entorpecen la migración, supone muchas veces un coste tan grande que disuade de intentarlo a la mayoría de los que podrían ser candidatos a emigrar, si tan sólo estuvieran en juego consideraciones económicas. En los casos en los que las barreras a la movilidad resultan insuperables tiene poco sentido explicar la decisión de no migrar en base al cálculo neoclásico, atribuyéndola a una consideración de costes económicos.

En suma, cuando de explicar la movilidad o la inmovilidad se trata,

en nuestros días, los factores políticos pesan mucho más que las diferencias salariales. La selectividad de las migraciones responde más a los títulos jurídicamente habilitantes o entitlements para ingresar a un país que poseen algunas personas —familiares, demandantes de asilo, refugiados—. En consecuencia, cuando se aplica a los desplazamientos internacionales en el mundo contemporáneo, la explicación neoclásica se mueve entre lo obvio y lo irreal. Otra cosa es la explicación de las migraciones internas donde, por lo general, la movilidad es irrestricta y los costos de adaptación cultural menos elevados. El paradigma neoclásico también resulta más aplicable a las migraciones del pasado, cuando las barreras a la circulación de las personas eran menos predominantes y frecuentes que en la actualidad.

Sin embargo, las insuficiencias del paradigma no derivan exclusivamente de las políticas de control. En realidad, tampoco se muestra capaz de explicar la realidad migratoria en algunos espacios en los que no existen obstáculos legales a la movilidad. Un buen ejemplo de ello es el caso de la Unión Europea en los años que rodean al cambio de milenio. La libertad de circulación, para los nacionales de los quince Estados miembros, coexiste con un volumen muy limitado de migración entre los diferentes países de la Unión, a pesar de las diferencias considerables en los niveles de salarios y bienestar que siguen existiendo. Esta realidad pone en tela de juicio la propensión general a desplazarse, postulada por la teoría neoclásica, cuando existen diferencias salariales de magnitud suficiente para compensar los costes del traslado. En nuestros días, la escasa movilidad de trabajadores, entre los distintos países que componen la Unión Europea, sugiere que la propensión a migrar no depende sólo de las diferencias salariales entre países o regiones, sino también del nivel de ingresos y bienestar del propio país y que, tras pasarlo un determinado umbral de bienestar, esa tendencia disminuye hasta desaparecer. Por lo tanto, tampoco parece sostenerse otra proposición conexas de la teoría neoclásica: la que sostiene que las corrientes migratorias sólo cesan cuando las diferencias salariales se han reducido hasta un grado próximo al que suponen los costes del traslado. Tampoco parece sustentarse la proposición que postula que, las migraciones entre dos países o territorios, traerán consigo la equiparación de los niveles de bienestar entre aquéllos. En efecto, la idea de que, en los últimos decenios, las migraciones internacionales hayan producido una reducción significativa de las disparidades económicas entre países de origen y países receptores parece indefendible.

Además de las razones mencionadas, la explicación neoclásica de las mi-

graciones ha sido criticada debido a los siguientes motivos: restar importancia a factores distintos de los económicos, en especial a los de naturaleza cultural, necesariamente influyentes en una decisión tan existencial como es la de emigrar; por reducir mecánicamente los factores determinantes de las migraciones; por tratar indiscriminadamente a todos los migrantes y todas las sociedades implicadas en la migración, como si fueran homogéneos; por adoptar una perspectiva estática; por identificar migrantes con trabajadores y hacer caso omiso de cualquier migración que no sea de mano de obra.

La teoría ha sido puesta en tela de juicio incluso por algunos de sus primeros defensores. Desde temprana fecha se introdujeron en ella una serie de enmiendas y mejoras. Seguramente la más relevante fue la adición al cálculo de la ventaja salarial esperada, propuesta por Michael Todaro, de un coeficiente que da cuenta de la probabilidad de encontrar empleo o, incluso, de padecer de desempleo, en el punto de destino (Todaro, 1969). Sin embargo, las mejoras introducidas para hacer frente a las objeciones recibidas no han bastado para resolver los problemas que la teoría encuentra para explicar una realidad rápidamente cambiante, de manera específica en la esfera internacional.

EL MOSAICO TEÓRICO CONTEMPORÁNEO

EN el último cuarto del XX, *grosso modo*, las migraciones internacionales han experimentado cambios tan profundos que hacen permisible hablar de una nueva era en la historia de la movilidad humana. De manera progresiva ha ido tomando forma un nuevo mapa mundial de flujos y conexiones, marcadamente distinto del que prevalecía con anterioridad. La composición de los flujos migratorios es incomparablemente más heterogénea, tanto en lo que respecta a las procedencias de los migrantes como a sus características personales. Asia, África y América latina han reemplazado a Europa como principales regiones de origen. La nómina de sociedades receptoras de inmigración ha crecido sobre manera y, muchas de las nuevas, presentan rasgos diametralmente opuestos a los que caracterizaban a los principales países receptores en la era anterior. La demanda de trabajo foráneo, en la mayor parte de las sociedades receptoras, ha cambiado tanto en volumen como en la naturaleza de los puestos de trabajo que aguardan a los inmigrantes. Se ha modificado significativamente el modo de valorar la inmigración. Frente a

la libertad de circulación, que prevalecía en el pasado, han proliferado las políticas restrictivas de ingreso y la permanencia de los inmigrantes. En muchos países, las migraciones laborales —para el asentamiento indefinido— han dejado de ser predominantes, siendo sustituidas por nuevas formas de migración, basadas en títulos habilitantes o corrientes irregulares y tráfico clandestinos. La integración en las sociedades receptoras se ha hecho menos lineal. Por último, cobra creciente relevancia y extensión la transnacionalidad de espacios y comunidades. Hay indicios suficientes para sostener la proposición de que las migraciones internacionales han entrado en una nueva era. Y, como las teorías tienden a seguir a los hechos, es razonable pensar que los cambios aludidos constituyen también el preludio de una nueva era en las formas de pensar acerca de las migraciones. El impacto de tales alteraciones sobre el pensamiento teórico se ve magnificado por el hecho de que, en nuestros días, éste parece especialmente influido por las migraciones transfronterizas, mientras que en no pocos momentos del pasado respondía, sobre todo, a la realidad de las migraciones internas.

Para intentar dar cuenta de una realidad crecientemente compleja, han visto la luz un cierto número de enfoques conceptuales y teóricos nuevos, algunos contruidos *ex novo*, otros importados y adaptados de diversas áreas del comportamiento humano. De hecho, en la mayoría de los casos, más que de nuevas teorías de la movilidad humana, se trata de versiones modificadas de líneas de pensamiento anteriores o de adaptaciones de marcos teóricos elaborados con otros objetivos. Más que un nuevo paradigma, estas aportaciones constituyen un rico y variado mosaico (Massey *et al.*, 1998). Las páginas que siguen pasan revista a sus aportaciones y también a sus limitantes.

LA NUEVA ECONOMÍA DE LAS MIGRACIONES LABORALES

UNA de las nuevas teorías, probablemente la más específica de todas, emana de la propia tradición neoclásica. Se trata de la «New economics of labor migration» o «Nueva economía de las migraciones laborales». Asociada principalmente al nombre de Oded Stark (Stark, 1991), puede verse como una crítica interna de algunos detalles de la versión micro de la teoría neoclásica o como una variante de ésta, que la perfecciona y enriquece con una serie de

enmiendas y adiciones. Comparte con esta última la piedra angular básica de la elección racional, pero difiere de ella en que el actor que busca maximizar su utilidad es más la familia, o el hogar, que el migrante individual. La migración es una estrategia familiar orientada no tanto a maximizar los ingresos como a diversificar sus fuentes, con el fin de reducir riesgos —tales como el desempleo o la pérdida de ingresos o de cosechas— y, a la vez, eliminar cuellos de botella, dadas las imperfecciones que, por lo general, gravan los mercados de crédito y de seguros en los países de origen. En la medida en que la finalidad de la emigración es maximizar los ingresos, no lo es, necesariamente, en términos absolutos cuanto en relación con otros hogares en su grupo de referencia, retomando de este modo la vieja noción de la privación relativa (Stark y Taylor, 1989). De aquí se puede inferir, que cuanto más desigual sea la distribución de ingresos en una comunidad determinada, más se sentirá la privación relativa y mayores serán los incentivos para la emigración. En este sentido, la nueva economía de las migraciones laborales es sensible a la distribución de los ingresos, a diferencia de la explicación neoclásica.

La «New economics of labor migration» supone una serie de mejoras con respecto a la teoría neoclásica y corrige algunas de sus limitaciones. Un primer mérito reside en reducir la importancia preeminente otorgada a las diferencias salariales, que no constituyen los determinantes decisivos de la migración. Ésta puede producirse por motivos distintos a aquéllos y, por el contrario, la existencia de aquéllos no asegura la existencia de las migraciones. El reconocimiento del papel decisivo —que frecuentemente desempeñan familias y hogares en las estrategias migratorias— y la atención prestada a las remesas, a la información y a las complejas interdependencias entre los migrantes y el contexto en el que se produce la migración, constituyen otros méritos de la teoría. El papel capital que suele desempeñar la familia en la migración lo había señalado ya Jacob Mincer, pero desde una perspectiva distinta y con fines diferentes, llamando la atención sobre el hecho de que frecuentemente no son tanto los trabajadores sino las familias enteras las que emigran (Mincer, 1978).

Sin embargo, no es seguro que los heterogéneos ingredientes que forman la «nueva economía de las migraciones laborales» estén lo suficiente y lógicamente entretnejidos e integrados como para constituir una verdadera teoría. Quizá sea más razonable verla como una variante crítica y refinada de la teoría neoclásica. De cualquier modo, si algo resta valor a la «nueva economía

de las migraciones laborales» no es tanto su posible falta de autonomía teórica como su limitada aplicabilidad. Los escenarios y contextos migratorios que describe, caracterizados por flujos sostenidos durante varios decenios entre zonas rurales en el país de origen y destinos en un país desarrollado, resultan altamente idiosincráticos. De hecho, la mayor parte de los hallazgos de la «nueva economía de las migraciones laborales» derivan de la experiencia de un número reducido de pueblos rurales de México, cuyos naturales emigran desde hace tiempo a los Estados Unidos y a otros destinos del país, no obstante aducir, ocasionalmente, ejemplos relativos a otras regiones del mundo. Su aplicabilidad a contextos migratorios menos estables o consolidados —especialmente los que entrañan grados considerables de desorganización social o circunstancias en las que la propia vida está en riesgo— es, en el mejor de los casos, incierta. Tampoco resulta aplicable al desplazamiento de unidades familiares completas, como ocurría en el modelo de Mincer. Por último, la «nueva economía de las migraciones laborales» sólo se interesa por las causas y consecuencias de la emigración en las regiones de origen.

LA TEORÍA DE LOS MERCADOS DE TRABAJO DUALES

Lo contrario de esto último ocurre con otra teoría que contribuye a un mejor entendimiento de las realidades contemporáneas, «La teoría de los mercados de trabajo duales» de Michael Piore (1979), en la medida en la que sólo presta atención a la otra vertiente de las migraciones, la receptora, y sitúa su explicación en el nivel macro de los factores estructurales determinantes. Según esta teoría, las migraciones internacionales obedecen a una demanda permanente de mano de obra en las sociedades industriales avanzadas, que tiene su origen en ciertas características intrínsecas de éstas y que, a su vez, produce una segmentación en sus mercados de trabajo. Por una serie de razones, las economías muy desarrolladas necesitan trabajadores extranjeros para ocupar los trabajos que soslayan los trabajadores autóctonos y que ya no realizan las mujeres ni los adolescentes, si es que alguna vez lo hicieron. Piore cita cuatro factores para explicar esta demanda estructural, que se satisface a través del reclutamiento de trabajadores foráneos.

Puede decirse que, tanto el punto de partida de la teoría de los mercados de trabajo duales —el hecho de que en las economías avanzadas exista una demanda permanente de mano de obra extranjera— como la razón básica de esta demanda —que los trabajadores autóctonos de las sociedades avanzadas rechacen los trabajos mal pagados, inestables, no cualificados, peligrosos, degradantes y de bajo prestigio— constituyen observaciones empíricas bien conocidas. De hecho, el mérito de la teoría no reside tanto en ello como en explicar, de una manera compleja y técnicamente sofisticada, por qué ocurren tales cosas. Más precisamente, aunque con una estructura diferente, la teoría explica: a) por qué en las economías avanzadas hay trabajos inestables y de baja productividad; b) por qué los trabajadores autóctonos rechazan ese tipo de trabajos; c) por qué la reticencia de los trabajadores autóctonos a ocupar puestos de trabajo poco atractivos no puede solucionarse a través de mecanismos de mercado ordinarios, tales como aumentar los salarios correspondientes a esos trabajos; d) por qué los trabajadores extranjeros, procedentes de países con bajos ingresos, están dispuestos a aceptar ese tipo de trabajos; y e) por qué esta demanda estructural de mano de obra ya no puede cubrirse como se hacía antes con mujeres y adolescentes.

Pues bien, de acuerdo con Piore y sus seguidores, en las economías industriales avanzadas existen trabajos inestables y de baja calidad a causa de la división de la economía en un sector primario, intensivo en capital, y un sector secundario, intensivo en trabajo y de baja productividad, lo que da lugar a un mercado laboral segmentado. Los trabajadores autóctonos rechazan esos trabajos porque confieren una posición social baja y escaso prestigio, ofrecen pocas posibilidades de movilidad social y no resultan motivadores. La reticencia de los trabajadores autóctonos a ocupar trabajos poco atractivos no puede solucionarse a través de mecanismos de mercado, tales como aumentar los correspondientes salarios, porque elevarlos en el extremo inferior de la escala laboral exigiría incrementarlos proporcionalmente en los siguientes escalones, de modo que se respetase la jerarquía salarial, y ello generaría inflación estructural. Los trabajadores extranjeros procedentes de países de bajos ingresos, especialmente los temporales y los que aspiran a poder regresar algún día, están dispuestos a aceptar esos trabajos porque los bajos salarios en el país receptor suelen resultar altos si se los compara con los habituales en sus países de origen y porque el prestigio que cuenta para ellos es el que tienen o

pueden tener en su país. Por último, tal demanda estructural de mano de obra para los trabajos de los niveles más bajos ya no puede atenderse, como antes, recurriendo a mujeres y adolescentes, porque el trabajo de las mujeres ha dejado de tener la condición secundaria y dependiente que pudo tener en el pasado para adquirir una condición autónoma y orientada a la carrera profesional. Por otra parte, las bajas tasas de fecundidad y la prolongación de la enseñanza han reducido la disponibilidad de los jóvenes (Massey *et al.*, 1998: 33).

El valor de la teoría de los mercados de trabajo duales no consiste, fundamentalmente, en proporcionar una explicación general de las causas de las migraciones transfronterizas, sino, más bien, en poner de relieve un factor importante para que éstas se produzcan a nivel internacional: la demanda estructural de mano de obra, que es inherente al ordenamiento económico de las sociedades avanzadas contemporáneas. Además, proporciona explicaciones convincentes de tal demanda, ayudando a entender, entre otras cosas, la coexistencia, aparentemente anómala, de una demanda de mano de obra foránea con tasas significativas de desempleo estructural en no pocos países receptores, aunque, ciertamente, esas explicaciones disten de ser las únicas plausibles. Otro mérito en su haber es su refutación de la idea de que los trabajadores inmigrantes, necesariamente, compiten con los autóctonos y de que su presencia afecta a los niveles salariales y las perspectivas de empleo de estos últimos.

De hecho, en tanto que explicación general de las causas de las migraciones internacionales, la teoría de los mercados de trabajo duales está lejos de ser irrefutable. En primer lugar, parece claro que, una teoría que únicamente reconoce la demanda de las sociedades receptoras como causa de las migraciones internacionales, ignorando por completo a los factores *push* que operan en las sociedades de origen, sólo puede aspirar a explicar parte de la realidad. Una cosa es afirmar que la mayoría de los inmigrantes acaban encontrando empleo en el lugar de destino y otra muy distinta postular que es esa demanda la que desencadena los flujos migratorios. En segundo lugar, la mayor parte de las corrientes migratorias de nuestros días no parecen tener su origen en prácticas de reclutamiento. Y ello es especialmente cierto en las economías avanzadas a las que se refiere la teoría, como las de Norteamérica o Europa occidental. Por supuesto, el reclutamiento de trabajadores foráneos constituyó un importante mecanismo generador de inmigración en esas sociedades en diversos momentos del pasado, en particular en el tercer cuarto

del siglo XX, en los decenios precedentes a la formulación de la teoría. Y todavía sigue siéndolo, especialmente en el Golfo Pérsico y en algunos países de la región Asia-Pacífico. Pero, en las economías industriales avanzadas, la mayoría de los inmigrantes lo hacen por iniciativa propia o inducidos por actores independientes de las empresas de destino y no necesariamente para ocupar puestos de trabajo preexistentes. En muchos casos, los inmigrantes constituyen una oferta de mano de obra que genera su propia demanda o, en otras palabras, desempeñan empleos que no hubieran existido en su ausencia. La teoría no explica las considerables diferencias existentes en las tasas de inmigración entre países receptores, ya que distintas economías industriales avanzadas, con estructuras económicas similares, presentan tasas de inmigración que pueden variar grandemente.

LA TEORÍA DEL SISTEMA MUNDIAL

La llamada «Teoría del sistema mundial», o «World-system theory», comparte con la asociada al nombre de Piore la idea de que las economías altamente desarrolladas necesitan, insoslayablemente, de mano de obra foránea para ocupar puestos de trabajo mal pagados en determinados sectores productivos. Desde luego, se sitúa en el mismo plano de los grandes procesos macrosociales. Sin embargo, su explicación de las migraciones internacionales no reside tanto en esta demanda de trabajo, sino más bien en los desequilibrios generados por la penetración del capitalismo en países menos desarrollados. Una serie de autores, entre ellos Alejandro Portes y Saskia Sassen, ha ofrecido explicaciones histórico-estructurales de las migraciones internacionales (Portes y Walton, 1981; Sassen, 1988). Conceptualmente, la piedra angular de la teoría del sistema mundial es la noción de un «moderno sistema mundial», acuñada a mediados de los años setenta del siglo XX por el historiador y sociólogo Immanuel Wallerstein y que habla de un sistema mundial de predominio europeo que empezó a formarse en el siglo XVI y que está compuesto por tres esferas concéntricas: centro, periferia y semi-periferia (Wallerstein, 1974). La teoría del sistema mundial se inscribe en la tradición histórico-estructural que subyacía a la teoría de la dependencia en los años sesenta. Aunque difiere de esta última en muchos

aspectos, comparte con ella la visión de las migraciones como un producto más de la dominación ejercida por los países del centro sobre las regiones periféricas, en un contexto de estructura de clases y conflicto. Al igual que ocurre en el mundo neoclásico, las migraciones emanan de las desigualdades estructurales —en este caso, de un orden internacional fuertemente desigual—, pero para esta teoría, a diferencia de los modelos de equilibrio, las migraciones refuerzan las desigualdades en lugar de contribuir a reducirlas.

El núcleo central de la explicación de las migraciones transfronterizas ha de buscarse, fundamentalmente, en la extensión del modo de producción capitalista de los países del centro a los de la periferia, con la consiguiente incorporación de nuevas regiones a una economía mundial cada vez más unificada. Si antaño esta penetración se vio facilitada por el colonialismo, en la actualidad se ve favorecida por regímenes neocoloniales y empresas multinacionales. La inversión extranjera directa desempeña en ella un papel fundamental. Para contrarrestar la disminución de la tasa de beneficios a medida que aumentan los salarios y acumular beneficios adicionales, los países del centro intervienen en los de la periferia en busca de materias primas y de mano de obra barata (Massey *et al.*, 1998). Esta penetración entraña el reemplazo de prácticas tradicionales por prácticas capitalistas y de procesos de producción tradicionales por procesos modernos, especialmente en la agricultura y las manufacturas. En los países de la periferia, la comercialización de los productos agrícolas conduce, generalmente, a cambios en la propiedad de la tierra, a la sustitución de productos destinados a la propia subsistencia por cultivos para el mercado, al uso intensivo de *inputs* modernos para producir altos rendimientos y a la mecanización de las tareas, con la consiguiente reducción de la demanda de trabajo (United Nations, 1998: 144).

Todo ello genera un conjunto de trastornos y dislocaciones, entre los que destaca el desplazamiento de trabajadores que pierden sus modos de vida tradicionales. Ello da lugar al desarrollo de un gran excedente de mano de obra que los sectores no-agrícolas de la economía, todavía poco desarrollados, no pueden absorber y, consiguientemente, a la emigración a las ciudades y el crecimiento hiperestesiado en ellas de un sector terciario tradicional, caracterizado por una productividad extremadamente baja. Se genera así un proletariado desarraigado, proclive a marcharse al extranjero que es, a su vez, succionado hacia los países del centro a través de los canales abiertos por la propia

penetración económica, con los consiguientes nexos culturales, de transporte y de comunicaciones. En los países centrales, tales migrantes encuentran empleo en sectores que precisan de una mano de obra barata para poder mantener una tasa de beneficios elevada. Las migraciones funcionan, pues, como un sistema de oferta de mano de obra a nivel mundial (Sassen, 1988).

La teoría del sistema mundial puede arrojar luz sobre la importancia de vínculos pasados y presentes entre países que se encuentran en distintos niveles de desarrollo y sobre la capacidad de generar desarraigo inherente a ciertos mecanismos del crecimiento. Sirve también para vestir la observación empírica, de simple sentido común, de que algunos flujos migratorios conectan a antiguas colonias con la ex metrópolis a causa de los numerosos vestigios que frecuentemente subsisten entre ellas.

Sin embargo, más que una teoría acerca de las migraciones, la teoría del sistema mundial constituye una gran generalización, un subproducto de una interpretación unívoca de la historia, reduccionista y sesgada, en la que todos los países atraviesan por procesos similares, como si siguieran un guión colosal o los rígidos esquemas del desarrollo histórico. En un escenario tal, los migrantes son poco más que peones pasivos en el juego de las grandes potencias y de los procesos mundiales regidos por la lógica de la acumulación de capital.

Además, la teoría sólo es aplicable en el plano mundial, porque sólo algunas partes de los países de la periferia están integrados en el sistema capitalista mundial (Papademetriou y Martin, 1991: 10). Puede proporcionar un telón de fondo para el estudio de las relaciones migratorias entre determinados países, pero no tanto para su investigación, ya que se trata de una explicación predeterminada y formulada de manera tal que no puede ser sometida a verificación empírica. Además, parece difícil reconciliarla con la tendencia creciente a la diversificación de las corrientes y rutas migratorias, que es paralela al proceso de mundialización y que cuestiona la validez de uno de los principios básicos de la teoría del sistema mundial. En efecto, cada vez son más frecuentes los flujos migratorios entre pares de países que apenas han tenido o tienen otra conexión que la migratoria y que, por tanto, ni resultan de la penetración capitalista del uno en el otro ni los migrantes siguen vías abiertas por aquélla.

LAS REDES MIGRATORIAS

POCAS cosas hay tan características en el estudio de las migraciones contemporáneas como la atención central que se presta a las redes migratorias. Como es bien sabido, se trata de un concepto que tiene una larga tradición tras de sí, tradición que se remonta nada menos que a Thomas y Znaniecki. Si algo novedoso hay en él es el papel central que desempeña en la investigación y explicación contemporáneas de las migraciones. El concepto es tan conocido que no precisa de mucha exposición. Las redes migratorias pueden definirse como conjuntos de relaciones interpersonales que vinculan a los inmigrantes, a emigrantes retornados o a candidatos a la emigración con parientes, amigos o compatriotas, ya sea en el país de origen o en el de destino. Las redes transmiten información, proporcionan ayuda económica o alojamiento y prestan apoyo a los migrantes de distintas formas. De estas múltiples formas facilitan la migración al reducir sus costos y la incertidumbre que frecuentemente la acompaña (Massey *et al.*, 1998: 42–43). Las redes también pueden inducir a la emigración a través del efecto demostración.

Las redes migratorias pueden ser vistas como una forma de capital social, en la medida en que se trata de relaciones sociales que permiten el acceso a otros bienes de importancia económica, tales como el empleo o mejores salarios. Este punto de vista fue sugerido, por primera vez, por Douglas Massey (Massey *et al.*, 1987), recurriendo a la teoría del capital social, asociada con nombres tan destacados como James Coleman y Pierre Bourdieu. Asimismo, en este amplio marco pueden tener cabida, como se ha señalado, otras instituciones que actúan de intermediarias —desde redes de contrabando a organizaciones de carácter filantrópico o humanitario— que, con distintos propósitos y objetivos, ayudan a los migrantes a superar las dificultades de entrada. Sin embargo, la inclusión de estas instituciones en la noción de capital social, que se nutre de lazos interpersonales, no parece tan clara como en el caso de las redes. Es difícil exagerar la importancia que las redes sociales tienen en los procesos migratorios. Sin duda constituyen uno de los factores explicativos más importantes de los mismos.

Muchos migrantes se deciden a emigrar porque otros relacionados con ellos lo han hecho con anterioridad. Por ello las redes tienen un efecto

multiplicador, implícito en la venerable noción de «migración en cadena». Pero, además, el papel fundamental que por lo general han desempeñado las redes en las corrientes migratorias se ve reforzado en nuestros días, en un mundo en el que la circulación está fuertemente restringida. Y ello por dos motivos: por un lado, porque en muchos países la reunificación familiar nutre, en medidas muy importantes, los flujos migratorios; por otro, porque la importancia de las redes sociales es tanto mayor cuanto mayores sean las dificultades para acceder a los países receptores, por su virtualidad de reducir los costes y riesgos de la migración, incluido el que representa la incertidumbre.

Además, las redes son el principal mecanismo que hace de la migración un fenómeno que se perpetúa a sí mismo. De hecho, su naturaleza es acumulativa, con tendencia a crecer y a hacerse más densa, al constituir cada desplazamiento un recurso para los que se quedan atrás y facilitar desplazamientos ulteriores, que a su vez amplían las redes y la probabilidad de expandirse en el futuro. El desarrollo de las redes sociales puede explicar que la inmigración continúe, con independencia de las causas que llevaron al desplazamiento inicial, por lo que son, con frecuencia, los mejores predictores de flujos futuros. Por ello, las redes migratorias pueden contribuir a la explicación de la migración diferencial. Sin embargo, la experiencia muestra que la dinámica de constante expansión no puede continuar eternamente. En algún momento se tiene que llegar a un punto de saturación, tras el cual comienza la desaceleración. La dinámica del crecimiento y estancamiento de las redes migratorias constituye un área que requiere más investigación.

Por último, las redes constituyen un nivel relacional, intermedio entre el plano micro de la adopción de decisiones individuales y el plano macro de los determinantes estructurales (Faist, 1997), contribuyendo así a colmar un vacío en el que reside una de las principales limitantes de las teorías sobre las migraciones. No obstante, y a pesar de todo ello, la teorización sobre las redes migratorias aún no ha ido todo lo lejos que cabe exigir de tan capital concepto.

EL ANÁLISIS DE SISTEMAS APLICADO A LAS MIGRACIONES

DESDE la seminal contribución de Akin Mabogunje, en su estudio sobre migraciones rural-urbanas en África, el análisis de sistemas se ha propuesto

repetidas veces como un marco fructífero y comprensivo para el estudio de las migraciones. Los sistemas migratorios son espacios, o campos definidos, por la asociación relativamente estable de una serie de países receptores con un número determinado de regiones de origen. Tales asociaciones no son mero resultado de las corrientes migratorias, sino que se ven reforzadas por conexiones y vínculos de distinta naturaleza: estos vínculos, junto con sus múltiples interacciones, constituyen el contexto más adecuado para el estudio de las migraciones. Un marco de este tipo debería ser capaz de integrar las contribuciones de los restantes argumentos teóricos, junto con los actores relevantes en los procesos migratorios, tales como las redes y las instituciones intermediarias, y algunas facetas tradicionalmente soslayadas, en especial el Estado (Kritz, Lim y Zlotnik, 1992).

Sin embargo, el enfoque inspirado en la noción de sistemas migratorios, que aspiraba a explotar el potencial analítico del análisis de sistemas en general, constituye, por el momento, poco más de un desiderátum no realizado, al menos en lo que concierne a las migraciones internacionales. Apenas ha ido más allá de la identificación de los sistemas migratorios internacionales, en un plano puramente descriptivo. Además, tal identificación se ha limitado hasta ahora a la parte más estable del sistema, que son los países situados en el extremo receptor. Lo mismo puede decirse de la enumeración de los elementos que definen la existencia de un sistema migratorio, como un grado relativo de homogeneidad estructural, la contigüidad o proximidad geográficas, la similitud de políticas migratorias y la pertenencia común a organizaciones supranacionales (Zlotnik, 1992). Aunque nadie negaría la conveniencia de estudiar los flujos migratorios como parte de otros movimientos e intercambios de diversa naturaleza, el hecho es que el pleno potencial de este enfoque no ha pasado aún del estadio de la simple promesa.

LA CAUSACIÓN ACUMULATIVA

UNA tercera filiación teórica, que ha recibido aire fresco en tiempos recientes, es la derivada de la idea de que las migraciones constituyen un fenómeno autosostenido y autopropetador. La idea de causación acumulativa fue propuesta por primera vez, hace algunos decenios, por Gunnar Myrdal, en el contexto de

los «efectos de rechazo» desencadenados por el desarrollo desigual en zonas subdesarrolladas. Recientemente, Douglas Massey ha retomado y ampliado este concepto, identificando una serie de factores y mecanismos responsables de la autopropagación de las migraciones. La idea básica es que éstas modifican la realidad en formas que inducen a desplazamientos subsiguientes, a través de una serie de procesos socioeconómicos. Ya se ha hecho referencia al más importante de todos, la expansión de las redes, pero existen otros mecanismos que emanan de las migraciones y que, a su vez, generan nuevas migraciones. Entre ellos destacan la privación relativa, el desarrollo de una cultura de la emigración, una distribución perversa del capital humano y la estigmatización de los trabajos que suelen realizar los inmigrantes (Massey *et al.*, 1998).

UNA EVALUACIÓN CRÍTICA DE CONJUNTO

Las aportaciones teóricas, que han visto la luz en el último cuarto de siglo, están contribuyendo a una mejor comprensión de las causas de las migraciones y de los mecanismos que concurren a su autopropagación. No obstante, el panorama general dista de ser satisfactorio. Un cierto número de nubes oscurecen el cielo de la explicación teórica de las migraciones.

Cabe pensar que el punto de vista de las teorías existentes está mal situado. La primera y más importante dimensión de las migraciones, frecuentemente la única, que las teorías han intentado explicar, es por qué la gente emigra —o variaciones de la misma pregunta como, por ejemplo, qué es lo que determina el volumen de las migraciones—. Es decir, se le otorga más prioridad a las llamadas «causas profundas» que a los «determinantes próximos». Este es claramente el caso de la teoría neoclásica, de la nueva economía de las migraciones laborales, de la teoría del sistema mundial, de la teoría de los mercados de trabajo duales e, incluso, del venerable marco *push-pull*, aunque este último en términos abstractos. Sin embargo, no está claro que el estudio de tales causas constituya la línea de indagación más útil e interesante hoy en día.

La utilidad de las teorías, que intentan explicar por qué los seres humanos emigran, se ve mermada en nuestros días por su incapacidad para

explicar por qué son tan pocos los que emigran. Claramente, las teorías acerca de las migraciones tendrían que ocuparse no sólo de la movilidad sino también de la inmovilidad; no sólo de las fuerzas centrífugas, sino también de las fuerzas centrípetas. El venerable par de fuerzas «atraer» y «expulsar» debería complementarse, al menos, con los vectores «retener» y «rechazar». La existencia de fuerzas centrípetas que impulsan a las gentes a permanecer ha sido, por lo general, ignorada por las teorías existentes, aunque en años muy recientes existan indicios de un interés creciente por estudiar tales fuerzas (Hammar *et al.*, 1997). Para colmar esas lagunas habría que prestar más atención a tipos de familia, sistemas de parentesco, sistemas sociales y estructuras sociales en general. Lo mismo puede decirse de las dimensiones y contextos culturales de las migraciones, entre los que se cuentan, pero no exclusivamente, los costes de adaptación cultural.

Además de los factores sociales y culturales, es obvio que la explicación de esta movilidad limitada tiene que buscarse en el terreno de la política, más concretamente en el papel crucial que desempeñan los Estados. En nuestros días parece difícil exagerar la importancia de la dimensión política. En efecto, nada determina tanto el volumen de los flujos y los tipos de migraciones preferentes como las políticas de admisión de inmigrantes. Como acertadamente lo definió Kingsley Davis, las migraciones son criaturas de las políticas (Davis, 1988: 259). A la inversa, las teorías construidas, primordialmente, con materiales económicos están abocadas a experimentar dificultades en un contexto de migraciones internacionales en el que las consideraciones políticas y los Estados intervienen de manera tan destacada. En algunas de las más importantes regiones migratorias contemporáneas, las migraciones laborales están severamente limitadas —aunque no pocas veces se reconocen excepciones— y los mayores flujos migratorios resultan del reconocimiento de títulos habilitantes, como la reunificación familiar o el derecho de asilo. Está claro que la política y el Estado están generalmente ausentes en las teorías explicativas de las migraciones y resulta urgente reincorporarlos (Zolberg, 1989). En especial, el enorme impacto de las políticas restrictivas del acceso sobre los procesos migratorios, sus determinantes y la selectividad de los mismos, deberían incorporarse a los modelos como ingredientes esenciales de los mismos.

También cabe dudar de la utilidad del acento predominante que, hasta ahora, se ha puesto en las causas de las migraciones. Como alguien ha dicho,

las migraciones internacionales son a la vez muy complejas y muy sencillas. Por un lado, cuando se indaga acerca de las causas, es extremadamente difícil proporcionar respuestas generales que puedan servir para explicar una variedad ilimitada de situaciones. Como ponen de manifiesto tanto las encuestas como las historias de vida, las causas de las migraciones son innumerables, de modo que las respuestas generales están abocadas al reduccionismo.

Parece llegado el momento para desplazar el grueso de la atención teórica de las causas a otras dimensiones del fenómeno migratorio, que resultan de primordial interés en términos intelectuales y políticos. Entre ellas, por nombrar sólo algunas, se cuentan procesos y consecuencias, especialmente los modos de incorporación de los migrantes y las transformaciones sociales asociadas a las migraciones internacionales; la «relación irresuelta» entre las migraciones y el desarrollo, como fue adecuadamente denominada por Papademetriou y Martin, además de las estructuras sociales afectadas, en especial los vínculos familiares y de parentesco, así como los procesos emergentes de transnacionalización y sus implicaciones; el estado y el contexto político en el que se producen las migraciones. Además, hay que incluir a los refugiados, tradicionalmente olvidados a causa del interés excluyente por las migraciones voluntarias, en tanto que actores esenciales en la explicación teórica de las migraciones. Y, desde luego, hay que prestar más atención a las redes migratorias y a los vínculos que median entre las dimensiones macro y micro.

No obstante lo dicho, la insatisfacción con las teorías existentes acerca de las migraciones puede tener que ver también con cuestiones de estilo. Por lo general, las teorías existentes prometen más de lo que dan. Para empezar, las teorías suelen ser parciales y limitadas, en el sentido de que sirven para explicar una faceta o un aspecto de las mismas o para arrojar luz sobre una determinada característica o, bien, son aplicables a determinados tipos de migraciones en ciertos contextos y no en otros. Por ejemplo, la mayoría de las teorías sólo explican las migraciones laborales, lo que constituye una limitación considerable en un panorama contemporáneo, en el que otras formas de migración revisten importancia capital. Ciertamente, esta parcialidad no debería suponer un problema en sí misma, sino fuera por el hecho de que, como ocurre a menudo en las ciencias sociales, las teorías tienden a exhibir «pretensiones grandiosas» (*grand claims*), que no guardan proporción con su aplicabilidad y su potencial explicativo. La ambición de proporcionar la

explicación de las migraciones, al menos la internacional, acaba volviéndose contra ellas. No renuncian a la aspiración de la aplicabilidad general que es propia de las teorías, pero tampoco la satisfacen.

Por último, las teorías acerca de las migraciones sufren, por lo general, de una cierta fragilidad epistemológica. Si por teoría entendemos una serie de proposiciones lógicamente interconectadas, de las que se puedan deducir tesis empíricamente verificables, pocas son las relativas a las migraciones que merecen ese nombre: un par de ellas a lo sumo. Pero incluso, si se rebajan considerablemente los requisitos epistemológicos, la mayoría de las que aspiran a ese nombre seguirían sin poder ser calificadas como teorías, sea cual sea su importancia empírica y su valor heurístico. Todas ellas proporcionan puntos de vista útiles, pero ello no basta para que merezcan el calificativo de teorías. Lo anterior no tendría mayor importancia si se tratase de una cuestión puramente formal, de mero prestigio lógico. Sin embargo, estas debilidades no son intrascendentes, ya que tienen que ver con la naturaleza misma de las teorías y con su utilidad, además de que afectan su capacidad de guiar la investigación empírica y reducen la posibilidad de ser sometidas a verificación. En su defensa, hay que añadir que esta fragilidad suele afectar a las ciencias sociales en su conjunto.

Más que cumplir la función de guiar la investigación empírica y proporcionar hipótesis comprobables, que puedan ser contrastadas con los hechos, las teorías existentes acerca de las migraciones sirven, sobre todo, para proporcionar explicaciones *a posteriori*. Su punto de partida es, por lo general, una o más observaciones empíricas, a menudo de sentido común, que se revisten después con explicaciones a la medida, tomadas a veces del patrimonio común de las ciencias sociales y expresadas en términos más o menos formales y abstractos. La función, que cumplen las teorías y los marcos conceptuales, es elevar el status formal de las observaciones empíricas en las que se basan. En algunos casos ni siquiera son lo bastante abstractas como para ir más allá de la generalización empírica. Parfraseando una conocida metáfora que comparaba las teorías con las farolas de la luz, en el caso de las migraciones, las teorías sirven más para apoyarse en ellas que para iluminar. Esto puede explicar el hecho de que los intentos de teorización en este terreno no hayan dado lugar a avances acumulativos en el conocimiento.

A MODO DE CONCLUSIÓN

DURANTE la segunda mitad del siglo XX, y especialmente en su último cuarto, nuestra comprensión de la complejidad de las migraciones ha experimentado un progreso considerable. Sin embargo, el avance del conocimiento en este terreno se debe más a la investigación empírica, a menudo divorciada de la teoría, que a los efectos iluminadores de ésta. Es cierto que el conjunto de teorías, y especialmente de marcos conceptuales disponibles hoy en día, representa una clara mejora con respecto al estado de cosas prevalente hace unos pocos decenios. Sin embargo, en conjunto, la contribución de las teorías a la comprensión de las migraciones sigue siendo limitada, más de lo que razonablemente cabría esperar de ellas. La profusión de formas y procesos, que constantemente revela la investigación empírica, y el dinamismo, que manifiesta una realidad en continuo cambio, contrastan con las limitaciones del arsenal teórico disponible.

El problema no reside en la inexistencia de una teoría general de las migraciones humanas. Es harto dudoso que ésta sea una buena vara para medir el éxito o fracaso de los esfuerzos teóricos realizados. En efecto, el nivel de agregación y abstracción al que debería operar tan comprensiva teoría sería lo bastante elevado para hacerla inútil a cualquier efecto práctico. Las migraciones son demasiado diversas y multifacéticas y muy variados los contextos en los que se producen como para que una única teoría pueda explicarlas. Por consiguiente, la evaluación debe hacerse en base a otros criterios, como su contribución a una mejor comprensión de facetas, dimensiones y procesos específicos de las migraciones o su potencial para orientar la investigación y proporcionar hipótesis coherentes que puedan ser verificadas empíricamente. Desde esta perspectiva, el juicio resulta más equilibrado. Pero aún así, el cielo de la teorización sobre las migraciones sigue presentando tantas luces como sombras. Como se ha dicho, las teorías existentes sobre las migraciones se centran, de manera casi exclusiva, en la explicación de sus causas en detrimento de otras dimensiones. Exhiben grandes pretensiones que no guardan proporción con su capacidad explicativa real y ofrecen explicaciones *a posteriori*, en vez de guiar la investigación empírica y proporcionar conjuntos de proposiciones lógicas encadenadas, que puedan ser contrastadas con los hechos.

Ciertamente, las limitaciones de las teorías sobre las migraciones son

parte integral de las dificultades generales, que experimentan las ciencias sociales, cuando tratan de explicar el comportamiento humano, que depende de numerosas variables interrelacionadas. Pero, además, en este caso las limitaciones tienen que ver con las dificultades inherentes al fenómeno objeto de la investigación. De hecho, las migraciones son polifacéticas y multiformes, conceptualmente complejas y difíciles de medir (Arango, 1985). El primer obstáculo requiere enfoques interdisciplinarios que raramente se producen en la práctica. Los otros dos generan ambigüedad y dificultan la operacionalización. No es extraño que sean resistentes a la teorización o, en palabras de Kingsley Davis, «opacas al razonamiento teórico en general y a los modelos formales en particular» (Davis, 1988: 245).

Quizá la mayor dificultad para el estudio de las migraciones reside en su extrema diversidad, en cuanto a formas, tipos, procesos, actores, motivaciones y contextos socioeconómicos y culturales. Ello hace fácilmente comprensibles los problemas que las teorías encuentran para explicar tal complejidad. Como dijo Anthony Fielding: «quizá las migraciones sean otro concepto caótico, que necesite ser desempaquetado para que cada parte pueda verse en su propio contexto histórico y social, de modo que su importancia en cada contexto pueda entenderse por separado» (Fielding, 1983: 3). Este «desempaquetado» requiere una mejor integración de la teoría y la investigación empírica. Desgraciadamente, no existen fórmulas simples y fáciles para lograr esa reconciliación.

REFERENCIAS

- ARANGO, J. (1985) «Las Leyes de las Migraciones de E.G. Ravenstein, cien años después» en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 32: 7–26.
- ____ (2000) «Explaining Migration: A Critical View» en *International Social Sciences Journal*, 165: 283–296.
- BRETTELL, C. y J. Hollifield, eds. (2000) *Migration Theory. Talking Across Disciplines*. Londres: Routledge.
- COHEN, R., ed. (1996) *Theories of Migration*. Cheltenham, U.K.: Elgar Publishing.

- DAVIS, K. (1988) «Social Science Approaches to International Migration» en M.S. Teitelbaum y J.M. Winter, eds., *Population and Resources in Western Intellectual Traditions*. New York: The Population Council, 245–261.
- FAIST, T. (1997) «The Crucial Meso–Level» en Hammar, T., G. Brochmann, K. Tamas y T. Faist, eds. *International Migration, Immobility and Development*. Oxford: Berg.
- FAWCETT, J. T. (1989) «Networks, Linkages and Migration Systems» en *International Migration Review*, 23: 671–680.
- FIELDING, A. (1983) «The impasse in migration theory revisited». IBG/Royal Dutch G.S., Conference on International Migration, Soesterberg.
- GURAK, D. T. y F. Caces (1992) «Migration Networks and the Shaping of Migration Systems» en *International Migration Systems. A Global Approach*. Oxford: Clarendon Press.
- HAMMAR, T., G. Brochmann, K. Tamas y T. Faist, eds. (1997) *International Migration, Immobility and Development*. Oxford: Berg.
- HEISLER, B. S. (1992) «The Future of Immigrant Incorporation: Which Models? Which Concepts?» en *International Migration Review*, 26, 2: 623–645.
- KRITZ, M., L. L. Lim y H. Zlotnik (1992) *International Migration Systems. A Global Approach*. Oxford: Clarendon Press.
- LEE, E. (1966) «A Theory of Migration» en *Demography*, vol. 3, 1: 47–57.
- LEWIS, W. A. (1954) «Economic Development with Unlimited Supplies of Labour» en *Manchester School of Economic and Social Studies*, 22: 139–91.
- MASSEY, D. S., R. Alarcón, J. Durand y H. González (1987) *Return to Aztlan: The Social Process of International Migration from Western Mexico*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- MASSEY, D. S., R. Alarcón, G. Hugo, A. Kouaouci, A. Pellegrino y J. E. Taylor (1993) «Theories of International Migration: a Review and Appraisal» en *Population and Development Review*, 19, 3: 431–466.
- MASSEY, D. S., J. Arango, G. Hugo, A. Kouaouci, A. Pellegrino y J. E. Taylor (1994) «International Migration Theory: the North American Case» en *Population and Development Review*, 20, 4: 699–751.
- MASSEY, D. S., J. Arango, G. Hugo, A. Kouaouci, A. Pellegrino y J. E. Taylor

- (1998) *Worlds in Motion. Understanding International Migration at the End of the Millennium*. Oxford: Clarendon Press.
- MINCER, J. (1978) «Family Migration Decisions» en *Journal of Political Economy*, 86, 5: 749–773.
- PAPADEMETRIOU, D. G. y P. L. Martin (1991) *The Unsettled Relationship: Labor Migration and Economic Development*. New York: Greenwood Press.
- PIORE, M. J. (1979) *Birds of Passage: Migrant Labor in Industrial Societies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- PORTES, A. (1997) «Immigration Theory for a New Century: Some Problems and Opportunities» en *International Migration Review*, 31, 4: 799–825
- PORTES, A. y J. Walton (1981) *Labor, Class, and the International System*. New York: Academic Press.
- RANIS, G. y J. C. H. Fei (1961) «A Theory of Economic Development» en *American Economic Review*, 51: 533–65.
- RAVENSTEIN, E. G. (1885–1889) «The Laws of Migration» en *Journal of the Royal Statistical Society*, 48: 167–227 y 52: 241–301.
- SALT, J. (1986) «International Migration: A Spatial Theoretical Approach» en M. Pacione, ed., *Population Geography: Progress and Prospect*. Londres: Croon Helm.
- SASSEN, S. (1988) *The Mobility of Labor and Capital: A Study in International Investment and Labor Flows*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SINGER, P. (1973) *Economia política da urbanização*. São Paulo: Editora Brasileira—Edições Cebrap.
- SJAASTAD, Larry A. (1962) «The Costs and Returns of Human Migration» en *Journal of Political Economy*, 705: 80–93.
- SKELDON, Ronald (1997) *Migration and Development. A Global Perspective*. Londres: Longman
- STARK, O. (1991) *The Migration of Labor*. Cambridge: Basil Blackwell.
- STARK, O. y J. E. Taylor (1989) «Relative Deprivation and International Migration» en *Demography*, 26, 1: 1–14.
- THOMAS, W. I. y F. Znaniecki (1918–1920) *The Polish Peasant in Europe and America*. Boston: William Badger.
- TODARO, M. P. (1969) «A model of labor migration and urban unemployment in less developed countries» en *American Economic Review*, March.

- _____ (1976) *Internal Migration in Developing Countries*. Ginebra: Oficina Internacional del Trabajo.
- UNITED NATIONS (1998) *World Population Monitoring 1997. International Migration and Development*. New York: United Nations.
- WALLERSTEIN I. (1974) *The Modern World-System. Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. New York: Academic Press.
- ZLOTNIK, H. (1992) «Empirical Identification of International Migration Systems» en M. Kritz, L. L. Lim y H. Zlotnik, eds. *International Migration Systems. A Global Approach*. Oxford: Clarendon Press, 19–40.
- Zolberg, A. (1989) «The Next Waves: Migration Theory for a Changing World» en *International Migration Review*, 23, 3: 403–430.

